

— Estamos conformes.

Desde aquel día quedó reducido mi salario á veinticuatro francos; pero el cordero comió conmigo al pié del banco y en compañía del perro. Ya no hubo en qué tropezar hasta que llegó San Martín.

Sin embargo, una tarde en que yo habia ido á ordeñar la vaca y me dejé un momento la jarra de la leche á la puerta del establo, aquel maldito de cordero ve la leche, mete la cabeza en la jarra y empieza á beberla. Con dificultad se beberia valor de un ochavo; pero en aquel momento abre la señora la ventana, que caia enfrente, y empieza á gritar con tanto ahinco, como si la hubieran bebido oro en su faltriquera. Corro, sacudo al cordero, pido perdon á los señores por lo que habia hecho el animal, espongo que la culpa la tengo yo en haber dejado la leche en tierra; mas todo es en vano. Desde aquel instante empezaron á mirarnos de sobre ojo al cordero y á mí. Nos acechaban como á dos ladrones, nos daban el pan con tasa, pedian cuentas de los desperdicios; suponian que los tronchos de la verdura destinados á la vaca se los daba al cordero; en fin, ya no tuve sosiego ni paz en la casa. Algunas veces lloraba acariciando al pobre animal; y este parecia comprenderme, y aun mirar con tristeza, poniendo su cabeza sobre mi delantal y fijando en los míos sus tiernos ojitos.

XCII.

San Martín se acercaba. La señora y el señor estaban refunfuñando continuamente sobre que yo descuidaba los intereses de los amos por atender á los animales; decian que tenia el corazón demasiado bueno; que solo trataba de dar gusto al perro y al cordero; que era preciso sujetar al uno en la cadena todo el día, y vender al otro antes que pasasen ferias, pues luego ya no se venderia tan bien. Hice la proposicion de quedarme con él, dejando todo el salario que me correspondia de aquel año para rescate de mi pobre amigo. Pero me contestaron que tambien seria este un mal negocio, porque le permitia hacer destrozos en la huerta y en la co-

na. Entonces trataron una conspiracion, que me hace estremecer todavía al haber de referiroslo.

XCIII.

Un sábado por la tarde, cuando ya habia concluido mi faena, estaba entretenida en componer mis calcetas en mi cuarto, sin acordarme del cordero ni del perro, á quienes habia dejado tendidos juntos en la covacha de este último, de repente oigo un gran ruido debajo de mi ventana, pasos precipitados, el cordero que bala, el perro que aulla y rechina los dientes. Arrojo la labor; me asomo á la ventana y veo á un hombre, con las mangas de la camisa remangadas, con un delantal atado á su cintura y un gran cuchillo en su mano derecha, teniendo asido por la izquierda por el cuello al cordero, y esforzándose en sacarle del cuarto del perro, que hacia lo posible por defender á su amigo con la voz y con los dientes. Doy un grito para detener al carnicero, el que no me escucha; antes al contrario, furioso porque el perro le habia mordido, clava el cuchillo en el pescuezo del cordero, á mi vista y sin hacer caso de mis gestos ni de mis chillidos. ¡ Ah! aquello me hizo la misma sensacion que si hubiera presenciado un crimen, y me pareció ver que inmolaban á un cristiano.

Pero en medio de aquella terrible lucha cayó derribado por el suelo el hombre, y habiendo soltado el cuchillo que acababa de clavar en el cuello del animal, no pudo impedir que el perro y el cordero saltaran por encima de su cuerpo, y se precipitaran instintivamente en la cocina, cuya gran puerta estaba abierta para venir á refugiarse á mi lado. Los dos treparon por la escalera y se echaron debajo de la cama, junto á mis piés, como para salvarse de su asesino. ¡ Pobres animales! ¡ Tenia que ver cómo me miraban y hasta qué punto parecian implorar mi proteccion! Tambien yo me metí debajo de la cama, á fin de sacar el cuchillo del pescuezo del cordero, el cual me alargó la cabeza y se estuvo quieto durante la operacion, como si conociese que queria salvarle y no hierirle. Pero no bien hubé sacado la hoja de acero cuando brotó á chor-

ros la sangre sobre mis manos, y espiró en mis brazos! El perro entre tanto no cesaba de temblar, espantado de ver que degollasen á su compañero, y horrorizado tanto como yo de aquel espectáculo sangriento y cruel! Yo lloraba como él, viendo al pobre animal muerto sobre mis rodillas, el perro aullaba á mis piés, y mis alaridos se confundían con los suyos, y mis lágrimas se mezclaban con la sangre del cordero. ¡Ah! no habia presenciado nunca un crimen; pero aquel me dió cabal idea de los demas, y hasta ahora no se ha borrado de mi memoria.

No acusé al señor. «Son, me dije á mí misma, dueños de lo que les pertenece; el cadáver del animal es suyo, pero al fin su amistad era mia. ¿Por qué me han privado de ella tan á traicion? Vámonos de aquí.»

Besé al perro; le compadecí de quedar en condicion tan dura, pero yo no podia quedarme por dos razones; primera, porque continuamente se me habria estado representando aquella escena horrible, aquella muerte y aquella sangre, y segunda porque el asesinato de mi pobre compañero de cama y de huerta, me habia impresionado de tal modo que en mucho tiempo no hubiera sido mujer para desempeñar la cocina, ni tocar un trozo de carne cruda sin desmayarme. Guardé mis salarios, tomé mi lio debajo del brazo y salí de Tarare sin saber dónde iria á reclinar mi cabeza. No podia ya comprometerme en ninguna casa á desempeñar cualquier clase de servicio, pues la cocina particularmente me repugnaba de un modo invencible.

—Voy á volver al Delfinado,—dige para mí,—y á hacer por ganarme la vida en clase de jornalera, trabajando siempre que pueda en las cercanías de Voiron. Tal vez no se acordará nadie de mi falta, y las gentes honradas me tomarán para cuidar de los niños, ó de los gusanos de seda, ó tambien para lavar y estirar los lienzos.

XCIV.

Una bolsa de doce escudos metida dentro de una calceta, y alguna ropa, era cuanto me quedaba de los salarios de tres años, des-

pues de satisfechos mis gastos. En el camino encontré á un carretero, conocido mio, que traia castañas para venderlas en Lyon, el cual, mediante una peseta que le di, me permitió subir sobre sus sacos. Me mojé con la nieve, y el frio me penetró en los huesos tanto que al llegar á Lyon tuvieron que bajarme á la puerta del hospital. Allí me recibieron y cuidaron las hermanas de la caridad; con dos de las cuales, que servian en la sala de mujeres, entablé amistad estrecha. Formé tan buena y aventajada opinion de aquel modo de servir á cuantos se presentaban, conocidos ó desconocidos, limpios ó asquerosos, sin exigirles nada, antes por el contrario condescendiendo con ellos, y sin percibir otro salario que el que dará el Señor de todos en el paraíso! ¡Dios mio, qué envidia tenia de ellas!

Quise saber si podia yo ser como ellas, puesto que tambien habia estado sirviendo: á lo que me contestaron que no habia inconveniente, con tal que tuviese buenos informes, un dotecito, y entrase en un convento, del que me enviarían luego, como á ellas, á un hospital.

¿Informes? Si algunos hubiese obtenido no serian favorables seguramente.

¿Un convento? Me hubieran preguntado: ¿de dónde venis y qué traeis?

¿Un dote? Solamente podia disponer de mis treinta y tres francos y mi delantal en que llevaba envueltas mis camisas.

Digo mal; creia tenerlas, pues realmente no las tenia ya. Una mala mujer, convaleciente de su enfermedad y cuya cama estaba próxima á la mia, advirtiéndome que yo miraba muchas veces el lio que tenia puesto sobre mi silla, me habia dicho:

—Vivid alerta, porque en estos asilos de Dios, no se sabe quién es el que se acuesta al lado de una. Por mi parte, ignoro si teneis bolsillo, mas en el caso de que así sea, haced lo que os digo, guardadlo bien.

Entonces me pareció que se interesaba por mí, pero era al revés, no se interesaba sino por ella: su deseo era averiguar si yo

tenia dinero. Saqué de mi lio la calceta en que había puesto mis treinta y tres francos, y la escondí en presencia suya debajo de mi almohada. A poco me acometió una fuerte calentura y ya no volví á pensar en mi tesoro. Aquella mujer salió del hospital mientras yo estuve mala, y cuando, despues de convalecer, fui á buscar mi calceta, no la encontré! Me habia robado la infame, durante mi calentura. Qué situación tan horrible haber de regresar así á mi país, despues de una ausencia de algunos años, y causar esta afrenta á mi familia! No pude resignarme á ella, y compré pan, pedí noticias á los viajeros que iba encontrando, acerca del camino, y me dirigí poco á poco por las aldeas á Grémiera, Bourgoing y la Tourdu-pin. Ofrecí mis servicios en todas partes, y en ninguna me los admitieron. Por espacio de quince dias no tuve otra vivienda que los caminos reales, en donde vendí todos mis efectos, unos tras otros, para pagar mi cama y mi pan en las posadas de los arrabales; porque siendo invierno, no habia gusanos de seda que cuidar, ni heno que recoger, ni trigo que escardar, ni ningun otro trabajo en que ocuparse una pobre muchacha como yo. Anduve inútilmente de puerta en puerta recorriendo el país de mi padre; en todas partes me decian:

— No necesitamos criada.

— Esta muchacha no tiene documentos que la abonen. — Su aspecto es enfermizo; si la admitimos nos esponemos á que se nos quedé entre los brazos; quitá allá, harto tenemos que hacer con nuestros niños y nuestros viejos. Y mientras esto pasaba, la nieve y los hielos iban cubriendo los caminos.

XCV.

Ultimamente no me quedaron ya mas vestidos que los que tenia sobre mí, y que, á fuerza de no quitármelos, se les hicieron tantos girones que se me caian á pedazos. Los piés iban tan libres y sueltos dentro de los zapatos como fuera, y los talones se me salian

por los agujeros de las medias; parecia una de esas desastradas, que habiendo entrado en el hospital ó en la cárcel con los vestidos propios de la estacion, salen en el mes de diciembre con un traje de percal, un sombrero de paja para resguardarse del sol y zapatos finos para andar sobre la yerba ó sobre el polvo. Siempre que, al pasar delante de ellos, me veia retratada en los cristales de las ventanas bajas de las casas, me asustaba y me compadecia de mí misma, ocurriéndoseme al punto: «¿Quién querrá dar albergue en su casa á semejante mendiga?» Ah! y por último vine á parar en serlo; ¡mendiga! Si señor, no me avergüenzo de decirlo, he pedido limosna; es verdad que no fué por mucho tiempo; pero he pedido limosna.

— ¡Pobre Genoveva! esclamé; ¿os habeis visto precisada á ir de puerta en puerta llamando y pidiendo pan y abrigo para la noche por caridad? ¡Oh! ¡bien lo habeis pagado despues!

XCVI.

Si, señor, — me dijo alzando la cabeza con mas orgullo del que habia manifestado hasta entonces, — antes que volver á Voiron, y avergonzar á mi hermana mayor, á mis sobrinas y á mis sobrinos ricos, quise implorar la caridad. Preferí pasar yo por esta vergüenza á causar la otra á toda mi familia. Y cuando ya me quedé sin nada, ni esperanza de encontrar acomodo, me abstuve de entrar en las ciudades y en las poblaciones grandes, me separé de los caminos reales, y me hice esta cuenta:

Mejor es ir por caminos de travesía, así no me verá nadie; y en otro caso, mas vale pedir el sustentó á los pobres del campo, por las puertas de los caseríos, que no á los ricos ó á los comerciantes de las grandes ciudades. En donde hay mas miseria, hay mas compasion y menos afrenta.

Es chocante; pero así sucede. No parece sino que los ricos dicen:

— ¡Bah! nunca descenderemos hasta ese estremo.

Y que á los pobres se les ocurre : — Ah ! ¡ mañana, tal vez, nos encontraremos en el mismo estado !

Así es que, comprenden perfectamente la palabra de Dios, que dice :

— Haced por los otros lo que quisiérais que los otros os hicieran.

Además, he visto generalmente que los pobres tienen el corazón ensanchado, mientras el de los ricos está encogido. Verdad es que no siempre sucede así ; porque algunos ricos se complacen tanto en dar cuanto los pobres en recibir. Pero tampoco se llama siempre á la puerta del samaritano. Ofende menos, cuando se baja la cabeza, tener que pasar por las puertas pequeñas que por las grandes. Y por otra parte, los miserables no se escandalizan de la miseria. En sus propias casas falta algunas veces el pan, y sin embargo, lo único que sienten es el hambre que esto les produce.

Me dije, pues : no andes sino es por los campos, y no te detengas mas que á las puertas de las cabañas.

Y de este modo lo pasé mejor.

XCVII.

— Vos direis : ¿ Pero á dónde vais á parar, Genoveva ? — Ah, señor ! no me admira la pregunta. Precisamente esto era lo que me preguntaba yo á mí misma, sin que acertase á contestarme de un modo satisfactorio. Pero como quiera que sea, cada vez me venia aproximando mas á estas montañas entre Voiron y San Lorenzo ; ya porque un instinto parecido al que guía á la liebre al mismo punto de donde partió, fuese el que me hacia volver, sin notarlo yo, al país de mi juventud y de mi amor, ya porque tuviera el confuso presentimiento de que hallaria mas caridad cuanto mas subiese á las montañas, que al fin están mas cerca del cielo ; ya en fin, porque mi ángel tutelar me condujera por la mano sin que yo lo advirtiese, hácia el sitio donde habia de hallar mi salvacion.

Entre el día de Navidad y el día de Año Nuevo, cuando mas cruda es la estación mas cruda del año. Pero nos halláramos en medio de las montañas, iba viendo desfilarse tanto mas el hielo, ¡ Causaba pena y horror el verme ! mi vestido, mis medias, mi pañoleta, mis zapatos atados con cuerdas á los piés, estaban manchados con el lodo de los caminos, mojados con la lluvia y la nieve, hechos pedazos por las piedras y los zarzales de los senderos y de los campos. Pues, sin embargo, hallé buena acogida en todas las cabañas de donde veia salir humo despues de anochecer, y á las que me acercaba á pedir las sobras del pan de maiz, ó un poco de paja ó heno en un rincón para pasar allí la noche. Me hacian aproximarse al fuego, y muchas veces además del pan, me daban un poco de leche, de cerveza ó de miel. Lo mas general era que me echasen al establo con las vacas, en donde encontraba todo el calor que me hacia falta, y estaba entretenida viendo rumiar pacíficamente á los animales. Cuando veian que me disponia á salir y continuar mi camino, sin haber descansado ni enjugado mi ropa completamente, me decian :

— Estad aqui todo el tiempo que querais, pobre mujer ; nunca hemos cerrado la puerta á la desgracia. No sabe uno si es su providencia ó su fortuna á la que negaria la entrada en su casa.

Mas, á pesar de esto, yo no abusaba, y como mis pobres piernas pudieran sostenerme, daba al punto gracias á mis huéspedes, enseñaba alguna oracion á los niños, y me iba á otra parte por no ser gravosa mucho tiempo á unos mismos.

— Es una peregrina — decian algunos — que ha hecho un voto á San Bruno, y que lo cumple en la peor estación del año.

Pero se propasaban á mas. Los pobres no son curiosos. Cada uno tiene su idea, dicen para sí, y los secretos de otro no son los míos.

XCIX.

En una palabra, aquella vida no se me habria hecho tan penosa, á no haber tenido que andar conociendo caras nuevas todos los

días, y esto en la estación mas cruda del año. Pero nos hallábamos entre el día de Navidad y el de los Reyes; cuanto mas me encumbraba sobre la montaña, iba viendo deslizarse tanto mas el hielo, la nieve y la niebla como un aceite blanco sobre las ramas de los abetos. Cubrían la tierra con un lienzo que hacia parecerse unos á otros todos los valles, todas las montañas, todos los campos, y todos los caminos. No hubiera distinguido los campos á no ser por las huellas que los pajaritos, los corzos y las liebres dejaban impresas con sus patas sobre el manto de los trigos verdes; no volvía á encontrar las veredas como no me hiciese cargo de las señales desiguales y profundas que el pié firme de las mulas deja en la nieve, hasta que el viento que se levanta por la noche las ha borrado. Algunas veces me equivocaba, hundiéndome en aquel polvo blanco que cubria los hoyos; solo que las ramas de los arbustos me detenían entonces, y gracias á Dios, la única desgracia que tuve fué la de quedarme sin zapatos.

— ¡Bien! — me dije á mí misma al levantarme, — naciste con los piés descalzos, ¿no es verdad? Lo mismo puedes vivir.

Y me reanimaba con estas reflexiones: —
— Al fin se derretirá la nieve; y despues de haber andado sin zapatos ni medias sobre el hielo, andarás del mismo modo sobre la yerba tierna y sobre las flores de primavera. Esta es la vida; hay que tomarla como Dios la ha establecido: lo que se saca de no avenirse con ella, es incomodarse mas y mas, y al fin mejor es mirar á lo alto que no á nuestros piés; allí por lo menos se descubre algunas veces el sol ó una estrella. Sigamos adelante.

Y continuaba mi camino.

— Buena Genoveva — la dije — ¡cuánta resignacion y cuánto valor teneis! — Y suspendí mi discurso para admirarla mejor, conmovido segun me encontraba por las palabras de aquella santa mujer.

Entonces ella bajó los ojos y guardó un profundo silencio dejando para el día siguiente, á la hora del *Angelus*, el dar fin á su interesante relacion.

Sin embargo, un día me ocurrió una desgracia. Es decir, faltó poco para que me ocurriese. Con todo, si hubiese muerto allí, no habria dejado de tener una hermosa mortaja.

Habia salido de una quinta, situada á muy grande elevacion en las montañas, con un hermoso sol de invierno, y continuaba subiendo, sin saber á dónde, entre dos gargantas separadas por torrentes que iba atravesando sin verlos, porque los habia cubierto, primero una capa de hielo, y luego con los aludes que al caer se habian detenido sobre aquella corteza. Yo tenia noticias de que se encontraban muchas cabañas dispersas por el lado de la Saboya, así como de que sus habitantes eran afables y humanos. Por esto creí que podria ganarme el pan en aquel sitio, hilando lana negra ó limpiando cáñamo durante el invierno. Proseguia mi marcha con los piés desnudos, confiando en Dios, y abrigando la esperanza de que tal vez iba á dejar de ser mendiga allí; pues siempre me habia avergonzado de comer, como los perros sin dueño, el pan de cualquiera sin ganarlo.

Eran ya las tres ó las cuatro de la tarde: lo conocia por el sol que veia y dejaba de ver por intervalos, á través de las nubes bajas, pesadas y blanquizas que corrian como rebaños dispersos, á impulso del vendabal. Las montañas crujian como un pan caliente cuando se le rompe la corteza; los abetos silbaban, se doblaban, se rompian por momentos y rodaban con las raices descubiertas y vueltas lo de arriba abajo, con los aludes de nieve y de piedras á las profundidades de los abismos, cuyo fondo no me atrevia á mirar siquiera. Seguí subiendo por el borde del precipicio, guareciéndome del viento á favor de los helados troncos de los árboles, el que me habia llevado ya el sombrero y la peineta, habia ensangrentado mi rostro azotándome con mis cabellos, y parecia querer arrancarme el vestido y arrojarme enteramente desnuda en aquel mar de espumosa nieve. Gritaba, pero inútilmente, porque

yo misma no me oía: conforme iba saliendo el sonido de mis labios, la ráfaga se le iba llevando; tenía tal fuerza que me doblaba los párpados hacia dentro de los ojos.

Por otra parte, aquel viento levantaba tales torbellinos de nieve, dejándolos caer en seguida, que el cielo, la tierra, el aire, la luz, la nieve, estaban confundidos, y no formaban más que un solo elemento, medio trasparente, medio tenebroso, medio sofocante, medio respirable, por entre el cual me adelantaba con los brazos estendidos hacia adelante, como cuando voy al granero, ó á la cueva, sin luz y á tientas.

Por instantes se iba cerrando la noche y yo no me atrevia á dar un paso por temor de caer en los precipicios; en aquel trance me senté sobre la nieve que el viento amontonaba cada vez mas al rededor de mí, subiendo del modo que dicen que la marea sube insensiblemente sobre la arena del mar, para cubrir á los hombres que no se han vuelto á tiempo á tierra. Yo aguardaba mi hora postrera rezando en silencio. No me atemorizaba la muerte; pero la idea de ser desenterrada de allí al dia siguiente por los lobos, y de que éstos destrozaran mi ropa y esparciesen por las veredas mis pobres miembros para que los viese todo el que pasase, me horro- rizaba. Pues á pesar de todo me entró sueño, y de cuando en cuando no podia evitar que mi cabeza cayese sobre la nieve como sobre una almohada. Pero en aquel momento el frio de la lluvia, mezclada con la nieve que me caia sobre la frente, me despavilaba y me obligaba á ponerme en pié, diciéndome:

¿En dónde estás?

CI.

¡Ah! muy cerca de donde me darian socorro; pero el viento, el ruido, eran tan fuertes, y la noche tan oscura, que no permitian se me viese ni oyese. Ademas hacia ya tiempo que no gritaba. El viento del Sur se habia calmado un poco, la nieve parecia sentirse tibia, como que se derretia sobre mí, las nubes no

corrian ya tan bajas ni tan de prisa, por entre ellas se principiaban á ver grandes espacios azules y negros en el cielo, manifestándose tambien estrellas que parecian correr llamadas por Dios, así como cuando yo llamo á mis gallinas, y ellas corren á ver si les echo el grano. Pero cuando ocurría esto, la noche se hallaba ya muy avanzada; pareceme que serian entre dos y tres de la madrugada. Habia tiritado, rezado ó soñado sin advertirlo, casi la mitad de aquella noche. ¡Ah, qué noche! Pero tranquilizaos, voy á contaros cómo acabó todo.

CII.

Al irme á levantar tuve que hacerlo sobre las piernas, que se me habian hinchado, y sobre los piés que no sentía de puro helados. No veia nada, todo estaba oscuro; cuando de repente oigo cerca de mí el mugido de una vaca, y en seguida el canto de un gallo dormido, que debía estar soñando, ó que habia confundido la luz de alguna estrella con el primer rayo de la aurora.

Me es imposible manifestar lo que sentí al oír á la vaca y al gallo. Mi pensamiento fué: «¡Allí hay hombres!» Creí que me sacaban de lo profundo de un río á donde me hubiera sumergido, y que me colocaban en el palacio y en la cama de una reina. La alegría me hizo caer en tierra, luego me volví á levantar para hincarme de rodillas y dar gracias á Dios, y otra vez apliqué el oído. El gallo cantó otra vez como si quisiera llamarme, y la vaca dió otro mugido, aunque mas débil que el primero. Fui adelantándome con cuidado, hasta que muy pronto percibí una mancha negra de abetos en la falda de una colina, y la sombra de una casa y de una alquería sobre el blanco lienzo de nieve que cubria todo lo demas de la tierra. Pocos minutos habrian pasado, cuando me encontraba ya dentro de un patio alumbrado por las estrellas, y en el que se veia un pozo, un basurero, carros, yugos de bueyes, y una escalera de madera de abeto para subir á la habitacion. Pero no se distinguia fuego mirando los cristales, ni se percibia voz ni aliento dentro de la casa; y yo no me atreví á llamar